

SU NOMBRE SIGNIFICA PROMESA

Adriana Noemí Torres Arreguín



endira

Grupo Editorial Endira México, S.A DE C.V

Su nombre significa promesa.

Primera Edición, 2013.

© 2013, Adriana Noemí Torres Arreguín.

D.R. De esta edición.

© 2013, Grupo Editorial Endira México, S.A de C.V.

Boulevard Centro Industrial No. 26, Industrial Puente de Vigas,

C.P. 54070 Tlalnepantla de Baz, Estado de México.

Teléfono: (55) 5363-7614

www.endira.com.mx

Queda prohibida la reproducción directa o indirecta, total o parcial de esta edición así como la explotación de la misma, sin autorización escrita del editor.

Impreso en México.

ISBN: 978-607-8035-84-7

Diseño: Erik Gastón Sánchez Basurto

Imágenes: canstockphoto

ÍNDICE

PRIMERA PARTE:

La niña nueva

I	13
II	16
III	22
IV	32
V	35
VI	41
VII	46
VIII	51
IX	54
X	59
XI	64
XII	73
XIII	79
XIV	82
XV	84
XVI	87

SEGUNDA PARTE:

Dicen que la secundaria es la mejor etapa de la vida

I	91
II	96
III	104
IV	108
V	117
VI	127
VII	137
VIII	143
IX	163
X	183

DEDICATORIA

A ti, mamá Alicia, por hacerme amar la literatura.

A ti, papá Francisco, que has creído y respaldado mis sueños.

A ti, hermana Julia, que eres mi más importante lectora y amiga.

A ti, esposo Gustavo, eres mi mayor inspiración y ejemplo en los libros.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mis alumnos Rodrigo, Enrique y Cristian, por impresionarme tanto, que me hicieron crear personajes.

Agradezco a toda mi familia Torres, Arreguín, Salas y Medina, por amarme y apoyarme.

Agradezco a mis amigos quienes a lo largo de mi vida, nunca dejaron de creer en mí como escritora.

Agradezco a mi directora María Elena, y en especial a mi tía Luz por abrirme las puertas de la enseñanza.



PRIMERA PARTE

La niña nueva

I

–Yo no quiero ir a ningún lado. –Arlene se acostó en el sillón, ignorando lo que su mamá decía.

–No es una pregunta, te estoy diciendo que vamos a ir.

–El parque de este lugar debe ser horrible.

–¡Ya, Arlene! ¿Podrías dejar de quejarte? –le pidió su mamá, tomando las llaves del coche para que ambas se dirigieran al parque.

Llevaban un día viviendo en San Luis y Arlene había dado por hecho que todo ahí era malo: “Esta casa es fría”, “Este cuarto no me gusta, me da miedo”, “El uniforme de la escuela es muy ñoño, parezco marinerito”.

Llegaron al parque y Arlene llevaba los audífonos puestos, escuchando música en su celular.

–¿Quieres un jugo? –preguntó su mamá.

–¿Qué?

–¿Que si quieres un... ¡Quítate esos audífonos! –dijo su mamá. Arlene se los quitó de mala gana–. Que si quieres un jugo.

–El jugo de aquí ha de saber horrible.

–Arlene, ya deja el berrinche, digas lo que digas, hagas lo que hagas, no vamos a regresar a Guadalajara. Acostúmbrate porque ahora tu nuevo lugar es éste.

–¿Cómo quieres que me acostumbre?, dejé a mis amigos, aquí no conozco a nadie.

–Ya pronto conocerás gente, no te preocupes. ¿Segura que no quieres un jugo?

Arlene no contestó y miró para otro lado; tenía ganas de llorar pero no le gustaba hacerlo enfrente de su mamá, para ella era todo muy sencillo, no tenía que entrar a una escuela y empezar de cero.

—No gracias, mejor voy a caminar por aquí un ratito.

Arlene se bajó del carro sin esperar la respuesta de su mamá. Después de dar algunas vueltas, encontró un lugar entre los árboles donde podía sentarse. Miró hacia arriba, las hojas estaban amarillas y el pasto casi seco. “Bueno, no me equivoqué y el parque sí es horrible —se dijo Arlene—, mugre lugar... no sé cómo mi mamá espera que me acostumbre”. Se volvió a entristecer, recordó a Nicole, su mejor amiga en la escuela de Guadalajara. Pensaba en eso cuando de repente sintió que algo le pegaba en la cabeza.

—¡Ay! —Era un balón de fútbol.

—¡Perdón!, ¿me lo pasas? —gritó una voz. Arlene volteó buscando al dueño del balón.

—¡Acá! —Un niño se acercó corriendo; era de su estatura, quizá un poco más alto, tenía los ojos cafés, el cabello muy bien peinado y llevaba una gorra negra.

—¡Aquí está! —Le devolvió el balón.

—¡Gracias! Perdón por el golpe, fue Rodrigo, le pega chueco al balón.

—Sí, está bien. —Arlene trató de sonreír.

—¿Cómo te llamas?

—Arlene. ¿Y tú?

—Cristian —dijo sonriendo plenamente; la gorra le hacía sombra sobre el rostro, pero ella distinguía sus mejillas rojas por el sol.

—¡Hey, Cristian!, ¡queremos seguir jugando! —se escuchó una voz. Arlene vio otros dos niños esperando.

—Creo que te llaman.

—Sí, ya escuché. Oye, ¿estás aquí tú sola?

—Sí... bueno, mi mamá está comprando un jugo. —Arlene señaló con la cabeza el lugar donde su mamá había ido.

—Ah, no eres de aquí, ¿verdad? —preguntó Cristian.

—¿Por qué lo dices? —Ella bajó la cabeza, pensando que seguramente se veía tan foránea que cualquiera se podía dar cuenta.

—¡Porque hablas muy raro! —dijo él. Arlene se rió y vio cómo otro niño se acercaba a ellos. Tenía una sudadera de gorro azul, el cabello negro y era más alto que Cristian. Los ojos eran tan

oscuros como su cabello. Arlene se preguntó si no tendría calor con aquella ropa.

—¿Qué pasó, Cristian? Creímos que el balón se había ido hasta el lago —dijo.

—Nada, Enrique, es que el balón le pegó. —Cristian la señaló.

—¿Estás bien? Soy Enrique. —Movi6 la cabeza en se1al de saludo, 6l no sonreía como Cristian.

—SÍ, estoy bien, gracias... me llamo Arlene.

—¿No te dolió? ¡Rodrigo le pega bien feo! Hasta parece que tiene los pies al revés. —Arlene se rió.

—Naa, no me pegó tan fuerte.

—Oye, hablas bien chistoso —dijo Enrique con curiosidad.

—SÍ, es lo que le estaba diciendo, que se escucha que no es de aquí —habló Cristian.

—Soy de Guadalajara.

—¿En serio? —preguntó Enrique más animado— ¡Qué chido, de allá son las gloriosas Chivas Rayadas!

—¿Gloriosas?, guácala —dijo ella, riendo.

—¿Por qué? —preguntó Enrique. Arlene estuvo a punto de contestar, pero una tercera voz interrumpió desde lejos:

—¡Enrique!, ¡Cristian! ¡A ver a qué hora!

—¿Quién grita? —preguntó Arlene.

—Es Rodrigo —dijo Enrique, haciendo una mueca.

—El que le pega feo al balón —siguió Cristian.

—¡Yo no le pego feo al balón! —protestó Rodrigo, acercándose.

Arlene lo miró por un momento; era más alto que sus dos amigos, tenía el cabello de un castaño muy claro, casi rubio, sus ojos le recordaron a Arlene el color de la cajeta. Ella rió al ver su gesto de enfado.

—Pues le pegas lo suficientemente feo como para haberme dado un balonazo —le dijo después de haberlo observado detenidamente.

—¡Que le haya pegado mal una vez no quiere decir que siempre lo haga! —se defendió 6l.

—Pues tus amigos dicen que así es —contestó Arlene.

—Al menos tengo dos amigos, no estoy solo en el parque en domingo, como otras. —Arlene dejó de reírse. Aquel comentario le recordó que era nueva en una ciudad desconocida, con gente que jamás había visto.

–Ni siquiera sabes por qué estoy sola –respondió.
–Y tampoco me importa –contestó Rodrigo, que ahora reía.
–Ash, mejor ponte a entrenar como lo estabas haciendo; por como le pegas, se ve que te hace falta.
–¡¡Uuuuh!! –dijo Enrique.
–¿Por qué están peleando?, ni siquiera se conocen –preguntó Cristian.
–¿Y quién se supone que va a enseñarme a jugar fútbol? ¿Tú? Ja, ja, qué buen chiste –se burló Rodrigo.
–Pues al menos jamás le he pegado a nadie en la cabeza cuando juego –dijo Arlene.
–Seguro es porque cuando juegas estás solita, como ahora. –Rodrigo seguía riéndose. Arlene sintió un nudo en la garganta. ¿Y si así era?, ¿y si de ahora en adelante su destino era estar sola?
–Prefiero estar “solita” que con alguien como tú, que le pega tan horrible y es tan sangrón. –Arlene recogió su celular del pasto–. Adiós y mucho gusto conocerlos –dijo mirando a Cristian y Enrique.
–Adiós... –dijeron los dos al mismo tiempo. Arlene se alejó.
–¿Qué onda con eso? –dijo Cristian, confundido.
–Sí, Rodrigo, tú no eres así –siguió Enrique.
–¡Pues ella empezó! –Rodrigo aún podía ver a Arlene, quien ahora sólo era una figura de pants morados alejándose.
–Fuimos nosotros los que dijimos que le pegabas mal, ella nada más se rió –dijo Enrique.
–Bueno, como sea, ya no la volveremos a ver –dijo Rodrigo tratando de restarle importancia al asunto.

II

El lunes a las siete de la mañana Arlene abrió los ojos con pesadez. Si existía en el mundo algo peor que un lunes cualquiera, seguramente eso era un lunes en una nueva escuela, aunque fuera la primera vez que le pasaba. Dos golpes suaves en la puerta fueron equivalentes a las campanas que anunciaban su ascenso a la horca. Sí, cuando estaba a punto de levantarse de la cama, Arlene podía ser muy dramática.

–¿Mi amor? –se escuchó la voz de su mamá–, ya es hora.

–Mmmghshh...

–¿Qué dices? –insistió, entrando al cuarto.

–Que ya voy.

–Date prisa, es tu primer día y no puedes llegar tarde. ¿Quieres un licuado?

–Sí. –Ella no quería ir ni tampoco quería un licuado, pero no le quedaba otra salida.

La puerta de la escuela era como una boca enorme que se abría tragándose a todos los alumnos. Arlene la miró y sintió una ansiedad en el estómago.

–Mamá, tengo asco.

–Son los nervios.

–No, en serio.

–Ya se te pasará –trató de animarla–, verás que al terminar el día no vas a querer salir de aquí.

Arlene no contestó, se mordió los labios y con las manos temblorosas entró a la escuela.

Más de cuatrocientos niños de entre seies y doce años caminaban de un lado a otro; aún faltaban cinco minutos para las ocho y ella sentía una desesperación muy grande al estar ahí, de pie, sin saber qué hacer. La escuela tenía dos grupos para cada grado: A y B. Ella estaría en 6º B, lo cual era un mal inicio, pues en Guadalajara siempre había estado en el A. Un grupo de niñas que además del uniforme llevaban guantes blancos y una corbata azul pasaron a su lado, parecían las integrantes de la escolta.

–A ver, ¡las de la escolta! –gritó un maestro de traje que esperaba impaciente en el patio. Ella observó la escena, una de las chicas era reprendida por haber olvidado la corbata. Arlene se miró a sí misma, ella no llevaba corbata, sólo un delgado listón azul, como indicaba la hoja de inscripción. Todos los demás alumnos tampoco llevaban corbata, lo cual era un alivio.

–Hola –una voz se escuchó a su lado. Arlene sintió un escalofrío

recorrerle la espalda, volteó y se encontró con uno de los rostros que el día anterior había conocido en el parque.

—¿Cristian?

—Sí. Qué raro que te hayan metido a esta escuela, ¿no? —dijo él. Sí era raro, pero Arlene no se sentía con el humor de verlo así; todavía le dolía el estómago, sentía el licuado de fresa en la garganta.

—Pues...

—¿No te gusta esta escuela? —Cristian la miró con curiosidad.

—No es eso... —Arlene echó un rápido vistazo, la escuela estaba muy linda, había árboles y jardineras, y aunque el patio no era muy amplio, lucía bien. El maestro de traje iba de un lado a otro, tratando de conseguir una corbata.

—¿A qué grupo vas? —volvió a preguntar Cristian.

—A 6º B —contestó Arlene.

—¡Ese es mi salón! —dijo él, sonriendo—. Vamos de una vez, ya casi timbran.

Arlene asintió y lo siguió. Caminaron pasando por los otros salones, había niños que tenían aún el sueño reflejado en el rostro, niñas que iban peinadas tan escrupulosamente que parecía que ningún cabello se saldría de lugar. Arlene sentía que todos los alumnos sabían que ella era nueva, aunque de alguna forma, la presencia de Cristian la hacía sentir mejor.

—Mira —dijo él cuando entraron al salón—, yo me siento ahí —señaló una banca— pero todos los lugares están ocupados.

—¿Qué hago entonces? —Arlene comenzaba a imaginar que tendría que tomar clases sentada en el suelo.

—Mientras siéntate donde quieras, yo creo que la maestra te dará un lugar apenas llegue —le dijo Cristian.

—¿Me puedo sentar junto a ti?

—¿Junto a mí? —Cristian dudó—. Es que en ese lugar... sí, claro, te puedes sentar ahí.

—Gracias, sólo será un momento, hasta que la maestra me dé un banco.

—No hay problema —dijo él, pero su voz indicaba lo opuesto.

Más alumnos fueron entrando y la observaban con curiosidad. Ella esperaba que la maestra llegara y así todos se concentraran en algo que no fuera mirarla como si fuera un bicho raro, aunque sí lo fuera.

–¿Qué onda, Cris? –dijo una voz que Arlene ya conocía.
–Hola Enrique, ¿qué onda? –dijo Cristian.
–Oye, ¡tú eres la de ayer! –saludó Enrique.
–Sí –dijo otra voz–, tú eres la de ayer y estás en mi lugar.
–No tiene tu nombre –respondió Arlene.
–Aún así lo es –dijo Rodrigo secamente– y si le buscas en el respaldo, sí tiene mi nombre, dice “Rodrigo” con lápiz.
–Uy, pues perdón, ya me levanto y espero de pie a que la maestra me dé un lugar. –Arlene hizo amago de pararse.
–No, ahí quédate, tampoco es para que llores.
–No estoy llorando –contestó, aunque tenía ganas de hacerlo.
–¡Buenos días! –La maestra entró al salón.
Era una mujer alta, de cabello rizado y pelirrojo, tenía una nariz fina y ojos cafés, llevaba varios libros y carpetas en la mano.
–¡Buenos días! –contestó el grupo.
–Siéntense, muchachos, antes de empezar quiero decirles que hay una nueva alumna que estará en nuestro grupo este año y... –la maestra se interrumpió–. Rodrigo, ¿por qué estas de pie?
–La nueva alumna está en mi lugar, maestra –contestó él fríamente.
–Oh, muy bien. ¿Cómo te llamas? –La profesora miró a Arlene.
–Arlene Salas Mejía.
–Bienvenida, yo soy Claudia, tu maestra. Cualquier duda que tengas por favor házmela saber.
–Ahora tengo una... –Arlene miró a Rodrigo, el grupo observaba en silencio.
–Dime. –La maestra le sonreía, pero Arlene seguía sin sentirse “bienvenida”.
–¿Dónde me voy a sentar?
–Supongo que ahí está bien. Rodrigo, por favor ve con el conserje para que traiga otro banco para ti –indicó la profesora.
–Sí, maestra –contestó él, saliendo del salón.
–¿Crees que se enoje? –le murmuró Enrique a Cristian.
–No sé, ¡sólo es un banco!
–Y no es mi culpa –dijo Arlene mirándolos–. ¿Yo qué iba a saber?
–Arlene –interrumpió la maestra–, ¿tienes alguna otra duda?
“Sí, quiero saber si Rodrigo se enojó y me odia más por quitarle su lugar”, pensó Arlene.
–No, maestra.

–Bien, entonces empecemos, saquen sus libretas de español, por favor.

Cuando llegó la hora del recreo Rodrigo salió del salón sin voltear. Enrique y Cristian lo siguieron apresuradamente. Por un segundo Arlene pensó que podría juntarse con ellos, pero aquella rápida salida del salón demostraba que no.

Sacó su jugo de mango y salió. Había una fila larga para comprar en la cooperativa, además no tenía ganas de dulces, ni siquiera tenía hambre, el sándwich le supo a nada.

–Hola –dijo una voz a su lado. Era una niña bajita, la había visto en el salón, tenía el cabello corto y ojos negros–. Me llamo Cynthia.

–Yo soy Arlene.

–¿Y de qué escuela vienes? –preguntó Cynthia, sacando su propio jugo. Se veía mucho más chica que ella.

–No soy de aquí, vengo de Guadalajara.

–Órale, ¿y por qué te cambiaste?

–Es que mi papá es maestro y le dieron una plaza de director aquí, entonces tuvimos que mudarnos. Yo no quería pero ni modo –explicó.

–Oye, ¿y cómo conoces a Cristian?, te vi entrar con él al salón.

–Pues ayer de casualidad los conocí en el parque –dijo Arlene sin entrar en detalles.

–¿Los? –Cynthia la miró, jugando con el popote del jugo.

–Sí, también estaban Enrique y este otro niño... –hizo como que trataba de acordarse– el otro, el güerito.

–¿Rodrigo?

–Sí, ese.

–Ah.

–¿Son tus amigos? –preguntó Arlene como si no le importara.

–No –contestó Cynthia–, bueno, sí les hablo, pero igual que los demás, todos los niños quieren ser como ellos y todas las niñas quieren estar con ellos, a veces hasta caen gordas.

–Órale... y ¿por qué? –Arlene los miró.

–Pues son buenos en todo, sacan buenas calificaciones, están en todos los equipos de la escuela y además son bien buena onda.

–¿Los tres son buena onda? –preguntó Arlene, esperando que

Cynthia le contara que Rodrigo era un hígado.

–Sí, los tres, ¿por qué preguntas?

–No, por nada. –Arlene se levantó–. Voy a comprar una paleta ahorita que no hay fila, ¿quieres algo?

–No gracias, Arlene, te espero aquí.

–Ok –dijo alejándose. La cooperativa estaba sola, excepto por unas niñitas de primer año. Esperaba su turno cuando de reojo vio que una figura conocida se acercaba.

–Me da una paleta de fresa, por favor –se apresuró ella al ver de quién se trataba.

–A mí también– dijo Rodrigo, evitando mirarla. La señora abrió el congelador donde guardaba las paletas y buscó.

–Sólo me queda una... –los miró sin saber qué hacer.

–Tú tómalas –dijo Arlene.

–No, tú quédatela –contestó Rodrigo sorprendidamente.

–¿Por fin? –preguntó la señora mirándolos con impaciencia. Aquel día había trabajado mucho y tenía las manos frías.

–Gracias –dijo Arlene estirando la mano para tomar la paleta y pagarle. Rodrigo dio media vuelta y se fue. Arlene vio cómo un grupito de niñas lo esperaba.

–¿Qué pasó? –le preguntó Cynthia cuando estuvo de regreso.

–Nada, sólo había una de éstas y tu amigo Rodrigo también quería una –explicó.

–¡Ah, sí! Le gustan mucho de fresa –rió Cynthia. Arlene pudo ver un brillo en sus ojos. Trató de cambiar el tema:

–Oye Cynthia, ¿y tú con quién te juntas?

–Pues con nadie en particular, mi mejor amiga se llamaba Lily y se cambió de escuela hace como un mes.

–Ah, lo siento.

–Está bien, seguimos hablando por facebook. ¿Tú tienes cuenta de facebook?

El timbre sonó y regresaron al salón. Era mediodía y Arlene había sobrevivido, al menos hasta entonces.

–Quiero la tarea de matemáticas bien hecha y limpia, ¿de acuerdo? –decía la maestra Claudia, borrando el pizarrón.

–Siiii –contestaban los alumnos al unísono y sin ganas.

–¡Ah!, casi lo olvido; Arlene, tienes que ir a la dirección y dejar

los papeles que te faltaban por entregar.

–Sí, maestra –dijo poniéndose de pie– pero no sé dónde está la dirección.

–Cierto... perdón. Enrique, ¿podrías acompañarla? –pidió la maestra. Ambos se levantaron y salieron del salón mientras el resto del grupo copiaba la tarea.

–¿Y cómo va tu primer día? –preguntó Enrique mientras caminaban por el pasillo.

–Bien –contestó Arlene–, excepto porque tu amigo me odia. –Hizo un gesto como si hubiera mordido un limón.

–¿Rodrigo? –Enrique la miró extrañado–, no te odia.

–¿De verdad?

–Sí –afirmó él–. ¿Lo dices por lo de ayer en el parque?

–Y por lo del banco.

–Ah, no –contestó. Tiempo después Arlene se daría cuenta de que decir las cosas fríamente era una característica de Enrique–. Él no te odia, de hecho en recreo estaba diciendo que para él era como si no estuvieras aquí. –Arlene dejó de sonreír pero Enrique no lo notó.

–Oye, ¿tienes facebook? –preguntó él justo cuando llegaron a la dirección.